

CAPÍTULO XXIII

Juan de Escalante queda nombrado por Cortés Gobernador de la Villa Rica.—
Es dado á conocer como jefe á los caciques durante la ausencia de Cortés.
—Anuncia Escalante á Cortés la llegada de una flota sospechosa á la costa.
—Cortés marcha á saber el objeto de la escuadrilla.—Se apodera de algunos soldados de ella que saltan á tierra.—Vuelve á Cempoala.—Se dispone el ejército español á marchar sobre Méjico.

Habia transcurrido una semana desde la destruccion de la flota.

Los preparativos para la marcha sobre Méjico estaban hechos.

Juan de Escalante, alguacil mayor, como queda dicho, y amigo íntimo de Cortés, habia sido enviado á la Villa Rica para que en ella quedase mandando durante la au-

sencia del jefe español, y enviase, de la poca gente que quedaba de guarnicion, los soldados que pudiese.

Nada de lo preciso faltaba para emprender el camino hacia la corte de Moctezuma.

Doscientos indios de carga, ó *tamemes*, habia dado el señor de Cempoala para llevar la artillería, los bagajes y las provisiones.

Juan de Escalante habia sido dado á conocer por Cortés á todos los caciques, como representante de su persona durante la expedicion á Méjico.

Cuando se habia dado la órden de salida para el siguiente dia, llegó un soldado de la Villa Rica, con una carta de Escalante para Cortés, en que le avisaba que cuatro buques se habian avistado en la costa, sin que hubiesen hecho aprecio de sus repetidas señales. La noticia alarmó á Cortés. La descortesía de no corresponder á las señales, le hizo temer que fuesen barcos enviados por Velazquez, que formasen la vanguardia de una escuadra numerosa. Queriendo saber por sí mismo el objeto de la escuadrilla, dejó á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, encargados del mando del ejército en Cempoala, y montando á caballo con otros cuatro jinetes, se dirigió á la Villa Rica, ordenando que le siguiesen cincuenta soldados de los mas ágiles (1).

Pedro de Alvarado era uno de los capitanes mas adictos al jefe español y uno de los mas valientes de aquel pe-

(1) Prescott dice que los soldados de infantería fueron montados en ancas; pero Bernal Diaz, que fué uno de los soldados de á pié, trae lo contrario: «Cortés cabalgó con cuatro de á caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los mas sueltos.»

queño y decidido ejército. Gonzalo de Sandoval, jóven y simpático oficial que habia dado muestras de varon esforzado y que mas tarde se distinguió por sus notables hazañas, granjeándose un lugar distinguido entre los conquistadores de Méjico, consagraba igual lealtad al osado caudillo de la expedicion. Cortés, seguro de la adhesion de ambos y del afecto que les profesaba el ejército, se dirigió hácia donde creia indispensable su presencia y posible el peligro.

Era de noche cuando el jefe español y los soldados que le acompañaban llegaron á la Villa Rica. Juan de Escalante se presentó inmediatamente á él y se ofreció á salir con veinte hombres hácia el sitio en que se hallaba uno de los buques, suplicando á Cortés que se quedase, entre tanto, á descansar de la fatiga del camino. No era el activo carácter del caudillo español para entregarse al reposo cuando se presentaba en el camino de su empresa algun obstáculo. Lejos de entregarse al descanso, contestó á Escalante, que no queria detenerse ni un momento; «que cabra coja no quiere siesta» (1); y sin tomar alimento ni él ni sus soldados, continuaron la marcha por la costa, con direccion á un sitio distante tres leguas, en que se hallaba anclada la sospechosa escuadrilla. Poco antes de rendir la jornada, se encontraron en el camino con cuatro españoles que acababan de saltar á tierra. Cortés, impaciente por saber el objeto que llevaban y la causa de la presencia de los cuatro buques en la costa,

(1) «Cabra coja no tenga siesta.» — Bernal Diaz del Castillo. *Hist. de la Conquista de Méjico.*

les hizo las preguntas conducentes á su intento. La contestacion fué tranquilizadora. Dijeron que pertenecian á una flotilla enviada por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, y que habian saltado á tierra para tomar, en su nombre, posesion de aquellos países. Francisco de Garay, que habia recorrido el año anterior la costa de la Florida, gozaba de gran favor en la corte de España, y mediante el influjo de distinguidos personajes que se hallaban siempre próximos al rey, logró que se le nombrase adelantado y gobernador, con autorizacion para que poblase las provincias que llegase á descubrir en aquellas inmediaciones.

Con efecto, los cuatro españoles no habian llevado otro objeto, al desembarcar, que el de tomar posesion de aquella tierra en nombre de Francisco de Garay y por su mandato. Eran un escribano llamado Guillen de la Loa, y tres testigos, uno de los cuales era carpintero de ribera, llamado Andrés Nuñez.

El notario puso en conocimiento de Cortés que la escuadra contaba con doscientos setenta hombres, y que el jefe de ella, enviado por Garay, era el capitan Alonso de Pineda. Le hizo saber en seguida que, habiendo tomado éste posesion de todo el territorio próximo al rio Pánuco, le habia enviado para que pusiese en su conocimiento que iba á poblar la tierra, y le requiriese que partiera con él los términos. Cortés contestó al escribano que para tratar de aquel negocio en que todos debian buscar el mejor servicio del rey, lo mas conveniente era que el jefe de la escuadra pasase al puerto de la Villa Rica. Guillen le hizo saber que Pineda no accederia á la proposicion,

pues se habia propuesto no saltar en ninguna parte que estuviese ya poblada.

La conversacion de Cortés con el notario y los testigos acabó por desarmar al segundo, convenciéndole de los males que podrian resultar á la expedicion que tenia dispuesta para marchar sobre Méjico, si por acatar el capricho de Pineda emprendia un penoso viaje por tierra para verle, cuando él podia hacerlo en pocas horas en uno de los buques con que contaba. La pintura seductora que hizo luego de la abundante riqueza de preciosos metales que atesoraba el interior del país, la relacion de los espléndidos presentes que acababa de enviar al emperador Carlos V, hechos por Moctezuma al ejército que mandaba, y la brillante perspectiva que les presentó de un porvenir de gloria y de felicidad, acabaron por atraer á los cuatro á su servicio.

Contento del resultado de la conversacion, y tranquilo con las noticias adquiridas, pues veia que nada tenia que temer, acarició en su mente una idea lisonjera, cuyo logro se propuso ensayar. Los bajeles enviados por Garay contaban con una fuerza no despreciable y con abundantes bastimentos. Si conseguia hacer saltar á tierra al capitan ó piloto, juzgaba fácil persuadirles á que se unieran con todos sus soldados á la expedicion sobre Méjico. Cortés comunicó su pensamiento á Guillen, y se dispuso que éste, con sus tres compañeros, se presentase en la playa, para que enviasen del buque un bote por ellos, donde probablemente iria á tierra el capitan ó piloto para conocerla.

Combinado el plan, el jefe español quiso que descan-

sase el resto de la noche la gente que llevaba, y se detuvo en una corta poblacion próxima á la costa. Al siguiente día, despues de haber tomado algun alimento la tropa, continuó su camino hácia el sitio en que se hallaba la escuadra de Garay, pero á gran distancia del escribano y de sus tres compañeros que iban por delante y mas cercanos á la playa, á fin de no inspirar sospechas á los jefes de los buques. Guillen y sus tres compañeros se presentaron bien pronto en la orilla, desde donde hicieron señas para que fuesen por ellos. Pero el bajel se mantuvo quieto. Habia visto el oficial que estaba de guardia que una fuerza se habia adelantado por la costa, y se propuso no enviar por los cuatro hombres suyos hasta no persuadirse de que se habia alejado.

Persuadido Cortés de que nada lograria mientras permaneciese próximo á la costa, y sabiendo por el escribano que se les habia prevenido que procurasen no encontrarse con él, recurrió á un ingenioso medio para ver si lograba su objeto. Hizo que Guillen y los tres que con él iban cambiasen sus vestidos con cuatro soldados de los suyos, en un sitio donde no pudiesen ser vistos desde los bajeles. Celebrado el cambio, Cortés emprendió la vuelta hácia la Villa Rica por la costa; pero no con intento de regresar á ella, sino de hacer creer á la gente de los buques que se alejaba de aquellos sitios. Cuando vió que no podia ser observado, volvió hácia el punto abandonado, marchando por entre espesos bosques, bastante distantes de la orilla del mar, llegando por fin á colocarse detrás de un montecillo inmediato á la ribera, donde pasaron toda la noche. Habia dado orden á los cuatro soldados disfrazados,

de que al rayar la primera luz del dia siguiente se presentasen en la playa, haciendo seña á los del buque para que fuesen por ellos.

El ardid se puso en ejecucion, esperando con impaciencia su resultado.

Al despuntar la mañana, los cuatro individuos, vestidos con el traje del escribano y testigos pertenecientes á la escuadrilla, hicieron señas para que los llevasen á bordo.

Pronto se vió disponer una lancha y saltar en seguida á ella doce hombres armados de arcabuces y ballestas.

El regocijo de Cortés fué inmenso al notar aquella disposicion. Acaso se encontraba entre la gente que se preparaba á ir á tierra, el jefe del barco. Si era así, su proyecto iba á realizarse.

La impaciencia era viva. La lancha, tripulada por robustos remeros, se apartó al fin del buque, dirigiéndose á la costa.

Los cuatro soldados disfrazados se retiraron un poco de la playa, y se colocaron en unos matorrales, fingiendo guarecerse del sol (1).

Pocos momentos despues, la lancha llegó á la orilla y seis hombres saltaron de ella. Ajenos á todo recelo, se acercaron á la enramada donde estaban los cuatro disfrazados, y allí se vieron cercados por la gente de Cortés que les intimó rendicion. Entre los que habian saltado, se hallaba el maestre ó segundo de uno de los buques, que, lejos de intimidarse, disparó su arcabuz sobre Juan de Escalante, que hubiera muerto si la mecha no hubiera

(1) Segunda carta de Cortés á Carlos V.